

Las reinas

José Luís Peixoto

Las nalgas de la reina, expuestas en el centro de la habitación, estaban cubiertas de picadas de zancudos. La aya estaba perpleja. La reina levantó aún más su camisa de noche y se la sacó por la cabeza quedando desnuda. Los zancudos le habían marcado todo el cuerpo, sin duda apreciaban la sangre dulce. Era agosto y, por eso, el sol nacía vivo y fuerte. Entretanto, la aya se aproximaba con una palangana llena de agua; la reina era como una estatua de piernas gruesas. Estaba embarazada por tercera vez, pero no tenía miedo. Agachada, la aya mojaba un paño en agua caliente y se lo aplicaba sobre las picaduras. Cuando cerraba los ojos, el cuerpo de la reina era una gran llaga de comezón. Se oía el sonido del agua que escurría del paño hacia la palangana, y era como si la comezón le quemase en puntos escogidos.

Ni la más mínima brisa entraba por la ventana abierta. Ella, Reina de León y Castilla, consorte del príncipe heredero de la corona de Portugal, estaba toda cubierta de picadas de zancudo. La aya la llamó, dijo su nombre, Constanza, y preguntó si le estaba haciendo daño. En esa respuesta breve Constanza no tuvo voz de reina. Por causa de ese mismo dolor, no prestó atención a los pequeños sonidos que venían en aumento desde el patio, trozos de carcajadas, interjecciones interrumpidas, sonidos que precedían la reunión de los hombres para la caza. El último en llegar fue Pedro y, de inmediato, él mismo condujo a los demás. Aquellos eran los mejores caballos del reino, los ejemplares más puros, pero parecían desperdiciados. ¿Cuántas presas podrían encontrar en una mañana ya tardía de agosto? Constanza ni siquiera se lo preguntaba. El marido aparecía y desaparecía y, sobre eso, intentaba indagar poco, aceptaba las elecciones del tiempo, los hombres pertenecían a otra especie, como los lobos o los zancudos.

Constanza ya había visto mucho, tenía veintisiete años. Cuando cerraba los párpados sobre los ojos lo hacía con dolor. Las razones para ese peso se acumulaban dentro de ella y eran parte de la razón por la que no pensaba en las cacerías del marido o en el entusiasmo de los hombres. Cuando le correspondía hablar o referirse vagamente a eso, imaginaba las cacerías como impulsos en los que la violencia explotaba. Por ejemplo, Pedro y los otros hombres iban galopando, el ritmo del galope y, después, de repente, se lanzaban sobre un venado, lo traspasaban con flechas y dejaban que los perros lo atacaran hasta que quedara con el pelo cubierto de sangre mezclada con tierra. Esa era la vaga idea que tenía Constanza sobre las cacerías, un asunto que no le despertaba ni

el más remoto interés. Hacía mucho tiempo que había abandonado la ilusión de comprender, aunque fuese poco, aunque fuese casi nada, las actitudes y humores de su marido. Pedro podía ser un hombre diferente por la mañana si hablaba alto, rodeado de caballeros de su edad; por la tarde, si llegaban malas noticias; por la noche, si había bebido dos, tres jarros de vino. A veces Constanza pasaba días esperando el momento indicado para comunicarle cualquier detalle. Entonces, podía dirigirse al hombre que hablaba alto, rodeado de caballeros de su edad, y quedaba sorprendida cuando le respondía el hombre al que le llegaban malas noticias o, para su sorpresa, le respondía el hombre que había bebido varios jarros de vino, o el hombre que hablaba alto, o el hombre que la miraba pero no la veía.

La reina ya estaba en la cama otra vez, sentada, tapada con una sábana hasta el cuello, cuando alguien tocó a la puerta de la habitación con la palma abierta. Constanza y la aya supieron de inmediato quién era. Inés entró sin esperar autorización. Las noticias atravesaban hasta las paredes más gruesas, las noticias andaban por los corredores buscando alguien para conversar. Inés, con la mano posada sobre el pecho, como si estuviese afligida, dijo que al enterarse de su indisposición se había precipitado a su encuentro para ver cómo estaba. Inés compuso un discurso sobre la ruindad de los zancudos, bichos ajenos a Dios. Esas palabras, sumadas a las sábanas frescas y al apaciguamiento de las quemaduras, trajeron calma al rostro de Constanza. Al apreciar el acento gallego, *escoita, escoita*,¹ recordó los motivos de la amistad que compartiera con Inés. Esos eran recuerdos anteriores al viaje que no era capaz de olvidar. Durante los días del viaje, detrás de los caballos que se esforzaban con las carretas, una fortuna de ropas y objetos, seguían los carruajes. Constanza, quien recibía todos los cuidados, iba rodeada de sus ayas preferidas. A su lado estaba Inés. En las mejores horas del camino, las damas se reían de los baches más profundos, llegaban a darse cabezazos con el techo forrado de tela, llegaban a caer de los pequeños bancos abullonados, a quedar con las piernas al aire en medio del carruaje. En las horas más difíciles, llenas de ansias, no hablaban, veían todo muy amarillo, tenían sudores y vomitaban por la ventana del carruaje o a la sombra de grandes árboles antiguos.

Desde el momento en el que Inés entró, el rostro de la aya se había amargado. Cuando ella le pidió agua, la aya fingió no escucharla. Por su parte, Inés fingió que no se percataba de que sus palabras habían quedado sin respuesta, suspendidas, como si no hubiesen existido o como si fuesen la única cosa existente. Sentada en la cama, Constanza estaba por detrás de la sábana, casi escondida, tenía las piernas abiertas, la barriga en forma de monte puntiagudo, con seguridad era un niño, y no se esperaba que dijera nada. Tal vez por eso Inés continuó hablando, eligió asuntos simples, banales. La reina se fijó en un punto de su rostro, en la forma de las cejas. Constanza era tímida, gentil, pero en la intimidad ya había llamado puta a Inés varias veces. Al principio, inmediatamente después de la boda, le pareció que compartían una misma suerte. Constanza conocía bien la manera como Pedro irrumpía en su cuerpo, como lo desordenaba y deshacía. En la presencia de Inés ese conocimiento era una complicidad dolorosa. Después, poco a poco, bajo la atención de Pedro, la

mirada de Inés se fue transformando. Constanza quiso perdonarla, la justificó recordando su edad, la justificó señalando la influencia de sus hermanos, peludos y mal lavados, pero los meses pasaron y paulatinamente fue dejando de encontrar razones para justificar tanta soberbia.

Por todo el cuerpo, en los pliegues de las piernas, la comezón de las picaduras de zancudo regresaba. En esos primeros meses, a pesar de seguir cada gesto de Inés, el príncipe pasaba las veladas sentado al lado de Constanza. Cuando quedó embarazada por primera vez, siendo ya una mujer, se sintió una niña. En sus sueños llegó a creer que Pedro la prefería. Sola, en aquella misma habitación donde padecía ahora la comezón, la reina tuvo en el pasado la intención de pedirle a Inés que fuese la madrina de su hijo. Tal vez así... le pareció. Ese niño llegó a nacer, llegó a ser un niño, lloró y abrió mucho los ojos y hasta alcanzó a tener un nombre, Luis. Y murió después de una semana. Muerto, su cuna rodeada de obispos. Esa muerte era el recordatorio de su propia muerte, era negra, imprecisa, desfigurada. Había ocasiones en las que sentía rabia, odio ciego, por los hermanos de Inés, los imaginaba despedazados. En las veladas pasaba mucho tiempo mirándoles las manos rudas. En esas ocasiones, Inés se sentaba al lado del príncipe, sus brazos rozándose, sus piernas pegadas.

A partir de esa muerte, Constanza sería capaz de alegrarse con los campos, de apreciar un chorro de agua fresca sobre el rostro, pero era como si estuviera cubierta con una campana de cristal. El mismo mundo que la sujetaba no lograba tocarla realmente. El marido entraba en el cuarto, la volteaba, la reventaba por dentro y se iba enseguida. Constanza se lavaba. Nada se interrumpía. Dios tendría definido cualquier propósito para su vida, no sabía aún cuál era, pero ella asistiría a ese descubrimiento. Allá afuera la llegada de los hombres marcaba el fin de la mañana. ¿Habrían ido a cazar? Dentro de su barriga el hijo se movió. Ella levantó la sábana. Inés interrumpió lo que estaba diciendo en medio de una frase. La reina temió que el veneno de los zancudos se mezclara con la sangre de su hijo, pero no hizo nada, no dijo nada, dejó que pasara el tiempo. Como en un instante que durara mil años, las mujeres permanecieron calladas apenas mirando la barriga embarazada de la reina. ■

José Luís Peixoto (Portugal)

Nació en Galveias en 1974. Es uno de los más destacados escritores portugueses de principios del siglo XXI. Estudió Lenguas y Literaturas Modernas en Lisboa. Aunque se considera novelista especialmente, su obra incluye los géneros de poesía y teatro. Entre sus publicaciones se destacan *A criança em ruínas* (poemas) y las novelas *Nenhum olhar*, *Cemitério de pianos* y *Libro*.

Notas

Cuento de género histórico que narra el triángulo amoroso entre Constanza, el infante Pedro de Portugal (posteriormente rey Pedro I) y doña Inés de Castro, prima de la primera y amante del segundo. Constanza moriría en el parto del futuro heredero, Fernando, en 1345. Varios años después, Pedro e Inés contraerían matrimonio en secreto. El rey Alfonso IV el Bravo, padre de Pedro, nunca aceptaría esta unión ni legitimaría a los hijos de la pareja. En 1355 ordenó el asesinato de Inés, quien murió apuñalada frente a sus cuatro hijos. Cuando Pedro subió al trono orquestó una terrible venganza contra los asesinos y coronó a Inés como reina de Portugal (N. del T.).

¹ *Escucha, escucha*. En gallego en el texto original.



Fotografías de Lisboa:

Vitor Quelhas (Portugal)

Fotoperiodista, periodista y crítico literario desde 1966. Ha hecho cine y fotografía de moda. Ha participado en exposiciones de fotografía callejera individuales y colectivas. Estudió Historia y Sociología en París y Educación para el arte en Londres. Es editor/redactor de la revista literaria online *Duas Margens*: <http://duasmargens.pt>